

mento exhibirá á lo largo de la gran muralla de China y bajo las palmeras de Tuggurt, en el Sahara, su fachada y su perfil prosaico, y el célebre Maori de Macaulay no se plantará ante las ruinas de Westminster, sino que una imitación zurcida de cualquier modo del palacio de Westminster servirá de Parlamento á los Maoris. El único parque de Yosemite que los americanos del Norte, en su previsión llena de prudencia, quieren conservar intacto en su salvaje aspecto prehistórico, no bastará para la necesidad de lo nuevo, de otra cosa, de pintoresco, de romántico, que experimentará la humanidad, y ésta reclamará al arte lo que ya habrá dejado de ofrecerle la civilización lavada, rizada, acicalada y compuesta.

Puedo ahora resumir en unas cuantas palabras mi pronóstico. La histeria de la época no durará; los pueblos se repondrán de su fatiga actual; los débiles, los degenerados perecerán, los fuertes se adaptarán á las conquistas de la civilización ó las subordinarán á su propia capacidad orgánica. Las aberraciones del arte no tienen porvenir; desaparecerán cuando la humanidad civilizada habrá triunfado de su estado de agotamiento. El arte del siglo xx se mantendrá ligado por todos los puntos al del pasado, pero tendrá una nueva misión que llenar: la de aportar el cambio estimulante en la uniformidad de la vida civilizada, efecto que probablemente la sola ciencia no se hallará en estado de ejercer en la gran mayoría de los hombres sino muchos siglos más tarde.

II

TERAPÉUTICA

¿Es posible acelerar por un tratamiento apropiado la curación de las clases ilustradas que actualmente padecen en su sistema nervioso?

Creo que sí, seriamente, y por este motivo tan sólo he emprendido el presente trabajo.

Nadie, así lo espero, me creará bastante cándido para imputarme la idea de querer poner en razón á los degenerados probándoles, aun de la manera más irrefutable y más convincente, que padecen enajenación mental. Aquel que por profesión se halla en relaciones frecuentes con dementes, sabe que es absolutamente inútil pretender demostrarles, por la persuasión ó por medio de pruebas, la falta de fundamento y el carácter enfermizo de sus delirios. La sola cosa á la cual se viene á parar es á que vean en el médico ó un enemigo y un perseguidor y le odien violentamente, ó bien que le consideren como un imbécil incapaz de comprensión y se burlen de él.

Del mismo modo á los fanáticos de las modas lunáticas en arte y en literatura, que sin padecer precisamente enajenación mental están, sin embargo, en las lindes de la locura, se les predica en vano que se entusiasman por aberraciones y por idioteces. No lo creen ni pueden creerlo; puesto que las obras de las cuales todo hombre razonable reconoce al primer golpe de vista la locura, les procuran á ellos realmente sentimientos de placer. Son la expresión de su propia perturbación intelectual y de la

perversión de sus propios instintos. Los semi-locos experimentan á la lectura ó á la vista de estas obras una excitación que consideran como estética, mientras que de hecho es voluptuosa, y esta sensación es tan verdadera y tan inmediata, están tan seguros de ella, que no pueden sino irritarse ó tener lástima cuando se les quiere explicar que dichas obras no procuran ningún agrado y no provocan más que la repugnancia ó el desdén. Es posible probar á un bebedor empedernido que el ajeno es perjudicial; pero es absolutamente imposible persuadirle que tiene mal sabor, y es que para él tiene en realidad un gusto exquisito. El crítico psiquiátrico se esfuerza en vano en asegurar al desequilibrado: « Ese libro, ese cuadro son horribles delirios », el desequilibrado contestará de buena fe: « ¿Delirios? Puede ser; pero ¿horribles? Eso es lo que no me hará usted creer; eso lo sé yo mejor que usted; me conmueven profunda y deliciosamente, y todo lo que usted me diga no hará que no me produzcan este efecto ». Los que están más acentuadamente desequilibrados llegan aún más lejos y dicen sencillamente: « Sentimos en todos nuestros nervios la belleza de esas obras; usted no la siente; tanto peor para usted. En vez de reconocer que es usted un bárbaro incomprensivo y un *filisteo* obtuso, quiere usted negarnos nuestras sensaciones más ciertas. El único que delira aquí es usted ».

La historia de la civilización enseña de sobra que las vesanias suscitan un entusiasmo ardiente y adquieren por siglos ó millares de años un poder invencible sobre la manera de pensar y de sentir de millones de individuos, porque procuran una satisfacción aunque sea malsana, á un instinto existente. Contra lo que da al hombre sentimientos de placer las objeciones de la razón no pueden prevalecer.

Aquellos entre los degenerados cuya perturbación intelectual es demasiado profunda deben ser abandonados á su inexorable destino; no hay nada que salvar ni que me-

jorar en ellos; harán furor durante algún tiempo y luego perecerán. Para ellos no está manifiestamente escrito este libro; pero se puede llegar á « reducir á su necesidad anatómica » la enfermedad de la época, y hacia este objeto es hacia donde conviene dirigir todos nuestros esfuerzos. Porque hoy se adhieren á las tendencias degenerescentes, fuera de aquellos que están irremisiblemente condenados á ellas por su constitución orgánica, muchas gentes también, simplemente víctimas de la moda y de determinadas imposturas hábiles, y estos extraviados, se puede esperar volverlos á traer al recto camino. Si, por lo contrario, se les abandonara pasivamente á las influencias de los locos grafómanos y de sus guardias de corps críticos débiles de espíritu ó perversos, una extensión mucho más rápida y mucho más violenta aún de la epidemia intelectual sería la consecuencia necesaria de este olvido del deber, y la humanidad civilizada se repondría de la enfermedad de la época mucho más difícil y lentamente que no lo haría combatiendo juiciosa y resueltamente el mal.

En lo que atañe á las gentes ligeramente enfermas y á las gentes sanas que se dejan engañar por palabras consagradas hábilmente imaginadas ó que se precipitan, por bobaliconería irreflexiva, allí donde se forma un corro de gente, era necesario, ante todo, demostrar que las modas estéticas son un resultado de la enfermedad mental de degenerados y de histéricos. Ciertos críticos han creído intimidarme hasta hacerme enmudecer, diciendo: « Si los síntomas señalados son una prueba de degeneración y de enfermedad mental, entonces el arte y la poesía en general, aun los que hasta aquí se han admirado sin reserva, son obra de locos y de degenerados, puesto que en ellos también se encuentran los estigmas de la degeneración ». A esto yo contesto: « Si la crítica científica que examina la obra de arte con arreglo á los principios de la psicología y de la psiquiatría debiera conducir á hacer constar que toda actividad artística es enfermiza,

eso nada probaría ni aun en ese caso contra la exactitud de mi método crítico. Se habría sencillamente adquirido un nuevo conocimiento. Este destruiría, es cierto, una encantadora ilusión y sería doloroso para muchas gentes; pero la ciencia no tiene por qué detenerse ante esta consideración, que sus conclusiones aniquilen agradables errores y perturben á las gentes que quieren estar á gusto en sus cómodas costumbres de espíritu. La Fe es, por su parte, una Majestad algo más alta que el Arte; ha prestado también otros superiores servicios á la humanidad en un determinado grado de su desarrollo, la ha consolado y elevado de un modo mucho mejor, le ha dado otros ideales y le ha hecho avanzar mucho más desde el punto de vista moral que los mismos más grandes genios artísticos; la Ciencia no ha vacilado, sin embargo, en declarar la Fe un error subjetivo del hombre; experimentaría pues, muchos menos escrúpulos aún en designar el Arte como siendo algo morboso, si los hechos la convencieran de que era así. Y luego, todo lo que es morboso no es necesariamente por esta razón feo y perjudicial; los esputos de un tísico son una secreción morbosa, al mismo título que la perla; ¿es por eso más fea la perla ó el esputo más bello, porque una y otro tengan el mismo origen? La toxina de las malas salazones es la secreción de una bacteria, el alcohol etílico la de una levadura; ¿el mismo modo de origen implica que se experimente el mismo gusto comiendo un salchichón envenenado y bebiendo un vaso de vino añejo de Burdeos? Esto no probaría nada absolutamente en lo que atañe á la *Sonata de Kreutzer*, de Tolstoi, ó al *Rosmersholm*, de Ibsen, si se viera uno obligado á reconocer que el *Werther* de Goethe padece un erotismo no razonable y que la *Divina Comedia* ó *El Fausto* son poemas simbólicos. Pero la objeción toda ella parte de un desconocimiento de los hechos biológicos más simples. Entre la enfermedad y la salud no existe una diferencia de esencia, sino tan sólo una diferencia de canti-

dad; no hay más que una clase de actividad vital de las células y de los sistemas celulares ú órganos; es la misma en la enfermedad y en la salud; sólo que está á veces aumentada y á veces retrasada, y cuando esta desviación de la regla es perjudicial para los objetivos del organismo total, la llamamos enfermedad. Como en ésta se trata de un más ó de un menos, no se puede trazar con toda precisión sus límites; se reconocen naturalmente con facilidad los casos extremos; ¿pero quién querrá determinar con certeza en qué punto exacto comienza la desviación de la norma, es decir de la salud? El cerebro demente trabaja con arreglo á leyes absolutamente las mismas que el cerebro razonable, solamente que obedece á estas leyes imperfecta ó excesivamente. En todo ser humano existe, por ejemplo, la tendencia á interpretar falsamente las impresiones sensoriales; esta tendencia no es enfermiza sino cuando se manifiesta de una manera extraordinariamente fuerte. El que viaja en el tren cree observar que el paisaje huye ante su vista, mientras él está tranquilamente sentado; el enfermo presa del delirio de las persecuciones, se imagina que le insuflan malos olores ó que le envían corrientes eléctricas. Estas dos apercepciones se fundan sobre ilusiones de los sentidos; ¿es que por esto son las dos señal de locura? El viajero y el paranoico cometen la misma falta del pensar, y, no obstante, el primero está completamente sano de espíritu, y el segundo enfermo. Puede pues, hacerse constar sin alarma que determinadas especialidades, tales como la fuerte emotividad, la tendencia al simbolismo, el predominio de la imaginación, existen en todos los verdaderos artistas; no es, sin embargo, por esto una razón, hay una distancia enorme, para que todos sean degenerados. Tan sólo la exageración de estas singularidades hace de ellas una perturbación patológica; la sola conclusión que su aparición regular en los artistas justificaría, sería que el arte, sin ser ya una enfermedad propiamente dicha del espíritu huma-

no, es, sin embargo, un leve principio de desviación de la plena salud, y en cuanto á mí, yo no me sublevaría contra esta conclusión, tanto menos cuanto que no aprovecharía en modo alguno á los verdaderos degenerados y á sus obras manifiestamente enfermizas.

Pero no se ha acabado del todo, cuando se ha probado que el misticismo, el egotismo y el pesimismo de los realistas son formas de perturbación mental. Hay también que arrancar á estas tendencias todas las máscaras seductoras bajo las cuales se presentan, y mostrar su verdadera faz en su desnudez gesticulante.

Pretenden representar á la juventud enfrente del arte sano, del cual se burlan como enmohecido y envejecido. Una crítica malinspirada ha caído efectivamente, en ellazo é insiste siempre irónicamente en su juventud. ¡Qué torpeza! ¡Cómo si no importa qué esfuerzo del mundo pudiese conseguir despojar de su encanto á la palabra «joven», ese resumen de todo lo que es floreciente y fresco, esa llamada de aurora y de primavera, y transformarla en censura ó en injuria! La verdad es que los degenerados, no sólo no son jóvenes, sino que son siniestramente seniles; senil es su calumnia acerba del mundo y de la vida; seniles son sus balbuceos, sus chocheos, sus incoherencias y sus divagaciones; seniles sus concupiscencias de impotentes y su avidez por todos los estimulantes de los agotados. Ser joven, es esperar; ser joven es amar sencillamente y naturalmente; ser joven es alegrarse de su propia fuerza y de su salud, por la existencia de todos los seres humanos, de los pájaros en los aires y de los escarabajos en las yerbas, y no se encuentra uno solo de estos rasgos en los degenerados carcomidos, roídos por la polilla, que quieren mentirosamente aparentar la juventud.

Tienen el nombre de libertad en los labios cuando proclaman como su Dios á su miserable «yo», y llaman á eso progreso cuando preconizan el crimen, niegan la moralidad, elevan altares al instinto, menosprecian la cien-

cia, asignan la holgazanería estetizante como único objetivo á la vida. Pero su invocación de la libertad y del progreso es una desvergonzada blasfemia. ¿Cómo puede tratarse de libertad, cuando el instinto ha de ser omnipotente? Que se piense en el conde Muffat de la *Nana* de M. Emilio Zola (pág. 491): «Otras veces, representabau n perro; ella le arrojaba su pañuelo perfumado á un rincón de la habitación y tenía que ir corriendo á recogerlo con los dientes arrastrándose con las manos y las rodillas.—¡Trae, César!... Espera ¡bueno te voy á poner si te haces el remolón!... ¡Muy bien, César, obediente, monín!... ¡Haz monadas!—Y á él le agradaba su bajeza, saboreaba el goce de ser un bruto; aspiraba aún á rebajarse más, gritaba: «¡Pega más fuerte... ¡Guau, guau! estoy rabioso, anda, pega!» He aquí la libertad de un emancipado en el sentido de los degenerados; tiene el derecho de hacer el perro si su instinto enloquecido le manda hacer el perro. Y si el emancipado se llama Ravachol y su instinto del crimen le manda hacer saltar una casa por medio de la dinamita, el ciudadano pacífico que duerme en dicha casa tiene la libertad de volar por los aires y de volver á caer al suelo en forma de lluvia ensangrentada de carne hecha pedazos y de esquirlas de huesos. El progreso no es posible sino por el aumento del conocimiento; ahora bien: este es el trabajo de la conciencia y del juicio, no del instinto. La marcha del progreso está caracterizada por el ensanchamiento de la conciencia y por la restricción de lo inconsciente; por el robustecimiento de la voluntad y el debilitamiento de las impulsiones; por el aumento de la auto-responsabilidad y por la supresión del egoísmo libertado de consideraciones. El que hace del instinto el amo del hombre, no quiere la libertad, sino la esclavitud más infame y más abyecta, la servidumbre de la razón del individuo á sus deseos más insensatos y más auto-destructores, la subyugación del hombre en celo por el capricho más loco de una ramera, la subyugación del pueblo por